

¿Seremos capaces de comunicar la fe a las nuevas generaciones?

LLUÍS DIUMENGE

El encuentro del Equipo Europeo de Catequesis tuvo lugar en Gazzada durante la semana de Pentecostés (23-28 de mayo de 1988). Otros quehaceres habían impedido mi participación en las tres convocatorias anteriores. Desde Lisboa (1) ha crecido el interés por la catequesis y la comunicación de la fe.

Multitud de interrogantes bullían en mi cabeza desde que subí al tren en Milano-Porta Garibaldi, dirección Varese: ¿Qué aires se respiran, actualmente, en el universo de la catequesis? ¿Hacia dónde apunta «el cambio de dirección de la catequesis europea» (2)? ¿Cómo vivificar, en la hora presente, el anuncio explícito del evangelio, el testimonio personal y comunitario, la acción transformadora de la sociedad y la denuncia profética? ¿Cuáles son las exigencias internas de la catequesis? Las interpelaciones críticas que los hombres de hoy plantean a la fe ¿afectan únicamente a la forma de presentarla o también a su esencia?

(1) Cf. nuestro artículo *¿Anunciar el evangelio a los ricos?* Sinite 21, 1980, 256-265.

(2) Léase el interesante trabajo de A. FOSSION, *Le Congrès Catéchétique Européen de Munich, 8-11. 6.87* LumVit 43, 1988, 103-108.

Responder a esta retahíla de cuestiones escaparía, de hecho, a los objetivos de la semana. Ayudaría, con todo, a abrir los ojos sobre el polícromo mosaico de situaciones existenciales.

En concreto, la temática versaba sobre *el reconocimiento de la originalidad del quehacer catequético*, a través de tres momentos: reflexión encaminada a comprender la problemática; teoría para profundizar en el tema y, a modo de síntesis; aplicaciones concretas.

1. Reflexión inicial

Jean JONCHERAY, Director del I.S.P.C. de París interpretó, con humildad y realismo, *la radiografía de Europa*. Partía de los resultados de una encuesta que compendió la visión de los diversos Directores Nacionales de Catequesis acerca de dos cuestiones: *producción de instrumentos catequísticos y formación de catequistas*.

La primera cuestión abraza tanto los documentos oficiales (firmados o aprobados por la Conferencia Episcopal correspondiente con el asesoramiento de las instancias catequísticas) como los documentos catequísticos (con su enorme gama de itinerarios, manuales, programas, catecismos...).

Los documentos oficiales pueden ser de orientación general (indican objetivos de base) o, cosa menos frecuente, programas.

Cabe utilizarlos para la formación de catequistas, para la producción de instrumentos catequísticos o para la práctica concreta.

Acerca de los documentos catequísticos interesa indagar quién los produce, qué competencias predominan y cuál ha sido su proceso de experimentación.

En torno a los documentos emerge el binomio *libertad-control*. Variedad de documentos, autoridad impositiva y existencia de personas que «van por libres» debieran dar pie para acentuar una nueva política eclesiológica. Saber buscar consensus al elaborar un documento y estar atentos al grado de recepción del mismo.

Existen, con todas las variantes posibles, *dos políticas de formación de catequistas*.

Pueden ser representativos la República Federal Alemana y Francia. La primera dedica una formación muy fuerte a los catequistas de base, en Institutos superiores de Pedagogía y en Universidades con facultad de teología. A este nivel, se exigen diplomas. De esta suerte, disponen de un plantel de personas muy capacitadas para nutrir los cuadros de coordinadores locales o diocesanos.

Diversa es la situación en Francia. Sin apenas formación inicial alguien llega a ser catequista. El nivel de acompañamiento postula otra formación en escuelas e institutos si el candidato desea ser animador. A los coordinadores diocesanos se les forma de modo particular a través del I.S.P.C.

La *exigencia de Diplomas* que reclama el Estado, en diversos países, va unido a un estatuto oficial y remuneración.

El *contenido de la formación es complejo*. Se habla de acompañamiento («learning by doing»), catequética (¿qué quiere decir?) o se utilizan diversas expresiones que afectan a un triple dominio: teológico-bíblico; pastoral-pedagógico; práctico.

Imposible, por otra parte, separar el contenido del *método*. Conviene desenmascarar la ilusión del contenido puro. Y la manera de ejercer la teología o la catequesis y, en todo caso, de llevar a cabo la formación, se halla ya comprometida en articulaciones entre los diversos contenidos enunciados. A menos que se dé una yuxtaposición de cursos que imparten diversos especialistas.

En algunos países existen, en el seno de la Universidad, cátedras de Catequética (RFA, Suiza). El catequista se halla entonces equiparado con los demás especialistas.

Otros países crean Institutos de Catequética. Promueven el trabajo interdisciplinar. La cuestión radica en saber qué estatuto y qué entidad específica puede tener el Instituto si es totalmente externo a la Universidad —pontificia o estatal— o si está plenamente integrado a una Facultad teológica.

El amplio diálogo en grupos lingüísticos (2 en alemán y 3 en francés) permitió completar y corregir la radiografía. Brotaron cuestiones inéditas y se avanzaron posibles perspectivas.

El binomio *contenido-método* acaparó buena parte del tiempo. Obispos y teólogos están a favor del primero. Mientras, el catequista se sitúa abiertamente del lado del método. ¿Quién elabora el catecismo? ¿Teólogos? La formación de catequistas ¿puede limitarse a la vertiente doctrinal? Conviene reconocer las competencias recíprocas de todos los actores que intervienen en el proceso de la catequesis.

La Iglesia pide al catequista un ministerio arduo al responsabilizarle de la vida y de la fe —celebración e interpretación— en la trama del acontecer diario.

2. Teoría para profundizar

2.1. Dialéctica Fe-Vida

Esta dialéctica constituyó el núcleo de la exposición de Wolfgang LANGER, Decano de la Universidad de Viena.

El tránsito de la sociedad de cristiandad a la sociedad secular repercute en el sector de la catequesis. Ha de considerar, cada vez más, la desaparición de la socialización eclesial cabe un número creciente de bautizados. Ausencia que no puede ser remplazada, sin más por la catequesis. Ni tan siquiera por una intensificación de los esfuerzos catequísticos. Máxime cuando se actúa sobre un pretérito modelo de transmisión y enunciado de verdades de fe. La producción de catecismos para niños, para adultos, incluso el catecismo universal en proyecto son un ensayo condenado al fracaso e inepto totalmente para resolver el problema. *Conocer la fe no desemboca ineludiblemente en vivir la fe.*

Desde siempre, la salvación de los hombres depende de la encarnación que hacemos de las obras de misericordia en nuestra vida. Y no de los muchos saberes o actos piadosos que no tuvieran ninguna incidencia en nuestro comportamiento hacia aquellos que nos rodean. Una

catequesis viva y pertinente debe incidir en la realidad social hodierna. No se trata únicamente de adaptarse mejor a los destinatarios mediante el esfuerzo metodológico. Hará falta mucho más: ayudar al hombre a devenir consciente de su propia vida, experimentada realmente y, abrirle, de este modo, a innumerables posibilidades de confiarse y esperar en un Dios que se revela en la historia.

Es misión primordial de la catequesis abrir la existencia del hombre a la trascendencia. Hacer aflorar el carácter misterioso de la vida a través de experiencias fundamentales (felicidad, amor, deseo, angustia, culpa, sufrimiento...) y en situaciones límite, entra de lleno en la dinámica de la catequesis. La búsqueda de sentido forma parte de la fe. En la fe, el hombre se reconoce como un ser que no sólo plantea de continuo cuestiones sino que él mismo es una gran interpelación a la que, por sí solo, no puede dar respuesta.

El encuentro con Dios, la experiencia religiosa, tiene lugar en la conciencia que «es el núcleo más secreto y el sagrario del hombre» (3). Profundidad accesible a través de símbolos que vehiculan la trascendencia. Conviene postular un lenguaje catequístico narrativo que se dirija, no a la cabeza, sino al corazón y al centro vital de la persona (4).

En este punto, el ponente proyectó su mirada, algo negativa, sobre el mundo. Ciertamente los cristianos poseemos valores. Mas ¿no tenemos nada que aprender? ¿Únicamente aportamos? Si así fuera, se agrandaría el abismo que separa la Iglesia del mundo contemporáneo. Condenaríamos al ostracismo el espíritu del Vaticano II.

Quien anhela descubrir la fe cristiana o quien quiere vivirla con elegancia tiene necesidad de *testigos*. La fe se transmite por vía generativa espiritual mediante un diálogo verbal y no verbal. Engendrar dista una enormidad de pretender persuadir. Implica renunciar a la postura de superioridad por parte de quien posee la verdad y del gesto unilateral del don respecto a quien nada tiene.

La catequesis dialogal supone intercambio y comunidad. El auténtico catequista será un aprendiz, no sólo respecto a la Palabra que

(3) G.S. 16.

(4) En el léxico de S. Juan Bta. de La Salle equivale al «mover los corazones».

oye sino también en el mismo seno de la catequesis cabe los catequizandos.

La *dialéctica catequesis y catequizandos* supone que éstos no son meros sujetos pasivos, sino que también contribuyen a constituir el contenido de la evangelización y catequesis. En la concepción tradicional, este contenido ya está plenamente perfilado. A lo sumo, la diversidad de características de los destinatarios reclamaría alguna adaptación.

Toda forma explícita de fe aparece vinculada íntimamente a una época y proclive a la interpretación y actualización. Sólo a este precio puede tener lugar la tradición: como proceso histórico que acompaña la vida en su devenir y en los diversos contextos. De no ser así, quedaría relegada a simple museo histórico del pasado.

LANGER concluiría con una visión comprensiva del *actuar catequístico a partir de los carismas*. Para S. Pablo «a cada uno se le concede la manifestación del Espíritu para el provecho de todos». Así como los dones a compartir con otros: «lenguaje de sabiduría», «lenguaje de ciencia según el mismo Espíritu», «la profecía » y «discernimiento de espíritus» que son, ante todo, efectos de la gracia múltiple y operante del Espíritu dado individualmente y a todos, para el servicio de la Iglesia (1 Cor 12, 7-10).

Frente a estos dones que el Espíritu distribuye «como quiere» (1 Cor 12, 11), el Magisterio de la Iglesia debe adoptar una actitud de servicio. Goza ciertamente «del juicio sobre la autenticidad y su ejercicio razonable» (5), pero, simultáneamente, se le recomienda «no apagar el Espíritu» (1 Tes 5,19). Por consiguiente, no limitar o ahogar lo que el mismo Dios ha realizado.

En cifra, una epistemología tributaria al lugar de producción de su autor —Austria— y a las heridas existenciales.

¿Cómo definir, en sentido estricto, la catequesis? Los símbolos de la fe ¿cómo entran en relación con la palabra que es más racional? Quedaron como cuestiones abiertas.

5) L. G. 12.

2.2 *Nuevas cuestiones en el quehacer catequético*

El profesor Jacques AUDINET brindó un documento de trabajo imbuido del anhelo de inculturación. Con acentuación particular sobre la solidaridad humana: se puede intercambiar y recibir de todas las personas, sean o no creyentes. Para él, el punto de partida de toda catequesis es la amistad con el hombre. Sin tal requisito que permite reconocer los valores y la cultura del otro, cualquier itinerario catequístico resulta inoperante.

Creo que ningún participante del EEC salió de Gazzada con una clarificación inatacable y definitiva de los conceptos y de las prácticas. Inmersos en un debate, habrá que aprovechar todos los materiales que puedan alimentarlo y proseguir investigando mientras se vive la práctica.

Su experiencia personal, arraigada en Francia, iluminó la *trayectoria que va del dato de la tradición cristiana y de la fe* —que la catequesis tiene como misión transmitir y alimentar— *al polo del sujeto receptor*, inmerso en el espacio y en el tiempo, más o menos conocido en su psicología y accesible a diversidad de métodos pedagógicos.

En el arco del último medio siglo cabe aventurar tres etapas sucesivas:

1.^a *Constitución del dominio catequístico específico (Liégé. Colomb)*

Acaece en los años 40 y 50. Con proliferación de términos: teología, pastoral, catequesis, pedagogía, catecismo, misión, apostolado, testimonio... La teología pastoral actúa como principio primero unificador. A su vez, ésta se concreta en los tres grandes ejes del obrar eclesial: catequética por la palabra, litúrgica por la celebración y hodegética por la vida de la comunidad.

Aproximación que tiene sus límites en torno a la especificidad en la práctica. De hecho, contribuyó a realzar el ámbito de la catequesis. Y deparó múltiples ventajas en orden a la formación dentro de un universo cultural unificado.

2.^a *Estalla la problemática*

La década de los 60 y la gracia de Dios del Vaticano II potencian el conocimiento del hombre y la dimensión social de la pedagogía. Unos términos desaparecen y se acuñan otros.

Se estudia al ser humano en situación. Desde el polo del dato cristiano, las hermenéuticas y el proliferar teológico comprometen la unidad que había acariciado —en etapa precedente— la teología pastoral. Crepúsculo de sociedades tradicionales y génesis de modos de vida y pensamiento más positivos, más críticos.

El contexto cultural ya no respira la temática cristiana. Nada tiene de extraño que después del período del curriculum escolar muchos estudiantes encuentren serias dificultades para la vivencia de su fe.

3.^a *Nuevas cuestiones sitúan el quehacer catequético de otra manera*

Fenómeno reciente. Nuevas terminologías en torno a cultura e identidad. La relación Iglesia-sociedad aparece como determinante a la hora de considerar la situación de la catequesis y concebir las formas del trabajo catequístico. Crece la conciencia de diversidad situacional de las iglesias. Diversidad que va más allá del folklore ritual. Revela iglesias y comunidades cristianas que, por el mero hecho de su historia, de su enraizamiento cultural, del hecho de los problemas que tienen que afrontar configuran rostros muy dispares (6).

En consecuencia, no cabe hablar de trabajo catequético en general. Todo trabajo que se precie de serio y la misma formación no puede formar cuerpo sino en situaciones específicas de tal Iglesia local, con sus determinaciones particulares que le permiten situarse e identificarse como cristiana en la coordenada espaciotemporal. Categoría que se expresa como el *lugar* de la catequesis.

5) Con esta perspectiva hay que leer la Pastoral de los Obispos de Cataluña, *Arrels cristianes de Catalunya*, Barcelona, 1986, 30. Particularmente sugestivas son las páginas dedicadas al pluralismo (20-22); a la justicia social (25-27) y a quienes han venido de fuera (27-29).

Más allá del sembrar humano y de la formación catequética habrá que recurrir, como S. Agustín, al Maestro interior: «*Es interior el Maestro que enseña: Cristo es el que instruye, su inspiración es la que da la sabiduría*» (7).

3. A modo de síntesis, aplicaciones concretas

A partir de la realidad vivida fuimos invitados a soñar: *¿qué perfil tendrá el catequista del año 2000?*

La reflexión personal, contrastada y enriquecida por el grupo dio pie a diversidad de proyectos y de murales. ¿Utópicos? Me atrevería a calificarlos de micro-utopías. A mitad camino entre la acción como forma de esperanza y la acción eficiente.

El catequista del 2000 será un hombre o una mujer con gran capacidad de discernimiento. Con sólida formación y experto en el aprendizaje de cosas nuevas. Vinculado a una comunidad y en comunión con la Iglesia local. Abierto al diálogo ecuménico, se encontrará cómodo, por igual, entre creyentes o no-creyentes. Fácil en tender puentes de comunicación con sacerdotes, religiosos/as y seculares. Autónomo y libre respecto al poder clerical.

Sabrán apoyarse sobre las fuerzas culturales ascendentes (por ej. la conciencia europea de solidaridad) que militen en favor de la catequesis.

La teología que precisará el catequista será pensada de otra manera. A través de la búsqueda interdisciplinar con capacidad para engendrar en la fe. Vivirá la interacción *dar-recibir*. Construirá el *catecismo* con los niños, adolescentes, jóvenes, adultos... *no para*.

Existirá un diálogo continuo entre la base y la jerarquía. Esta dejará definitivamente de producir documentos. Cifrará preferentemente su esfuerzo en acompañar a los hombres y mujeres. Con una implicación solidaria en los fenómenos, situaciones y proyectos sociales. Una

(7) *In Epist. Jo. tr. 3, 13.*(PL 35, 2004).

colaboración y un servicio codo a codo con estos hombres y mujeres de buena voluntad que, sin saberlo, serán también auténticos preparadores del Reino. Predicará la fidelidad que permita infinitos brotes de confianza en Dios, el primero que es fiel a cada persona.

La comunión eclesial aceptará la pluralidad y diversidad existente en la comunidad cristiana en orden a promover el discernimiento y no la censura. Alentará el debate universal sobre temas que no están del todo resueltos a nivel eclesial y que permiten multiplicidad de planteamientos legítimos, máxime en el territorio de la moral y de la bioética. Hará cristalizar la corresponsabilidad de todos en la marcha de la Iglesia, la diversidad de carismas, la participación de los seglares, las estructuras representativas (desde las Conferencias episcopales a los consejos pastorales/parroquiales). Situará la unidad en torno a la Palabra de Dios y la docilidad al Espíritu que reclamarán una conversión continua.

Después del sueño... apremia despertar a la realidad poliédrica de todos los días y lugares.

Hemos compartido experiencias, preocupaciones y esperanzas. Hemos celebrado la Eucaristía en marcos tan incomparables como la Basílica de S. Ambrosio o la ermita de Sta. Catalina del Sasso Ballaro. De alguna manera hemos respirado la brisa creadora de la macrodiócesis de S. Carlos Borromeo.

El miércoles 25 experimentamos la inconmensurable acogida del Cardenal Martini. Prendió en los espíritus una imagen del pastor en plena sintonía con el Vaticano II. Más de uno volvió a soñar... en cómo será la Iglesia del año 2000.

Su cálida palabra, en lengua francesa, se centró en torno a tres puntos: Europa, Italia, nuevos movimientos.

En su calidad de Presidente del Consejo de Conferencias Ecuménicas de Europa, aludió al nacimiento y muerte de las creencias en un mundo secularizado. El gran interrogante de la sociedad occidental actual: *¿seremos capaces de comunicar la fe a las nuevas generaciones y de redescubrirla a quienes la han perdido?*

Los catequistas —subrayó— constituyen la mayor riqueza de la Iglesia de Italia. Su carta pastoral de 1987, *Dios educa a su pueblo*, va a completarse dentro de muy poco con el *Itinerario de la educación de la comunidad cristiana*. Aquí brilló con luz propia su ser pastor. En diálogo fraterno con personas de todas las clases, familias, escuelas, parroquias. A partir de las sugerencias recibidas silueteará los itinerarios convenientes.

A propósito de los nuevos movimientos -y a la espera del documento postsinodal-destacó la riqueza que suponen para la Iglesia, a la vez que invitaba a ejercer el discernimiento cristiano y pastoral. Deben integrarse en la marcha de la comunidad cristiana y, en forma alguna, pueden replegarse sobre sí mismos u optar por un ideal de vida no conforme con el Evangelio. Hoy pueden responder a un vacío. Más adelante, cabe la posibilidad que cumplida su misión desaparezcan en el interior del pueblo cristiano.

El Cardenal, iniciador de la experiencia de oración con los jóvenes en el Duomo, ha extendido la práctica a varias parroquias. Cada mes, durante el presente curso, se reúne para dialogar y compartir en grupo con personas que padecen dificultades en su fe y con no-creyentes.

El entorno de Villa Cagnola propició el diálogo y enriquecimiento mutuo. A destacar superlativamente la acogida, la cordialidad que se respiró y la organización. Mérito impar de D. Angelo GIULIANI que supo, en todo momento, acompañarnos.

El recuerdo, dijo en cierta ocasión Ortega y Gasset, es la carrerilla que el hombre se toma para lanzarse hacia el futuro. Ampliando la sentencia al orden del quehacer catequético bien puede decirse que el recorrido histórico del Equipo Europeo es un recuerdo de lo que fue al servicio de una esperanza de lo que puede ser.

España, en 1990, deberá asumir el desafío del relevo del Encuentro.